

INTRODUCCIÓN

LAS DIEZ SORPRESAS DE LA GUERRA

El 24 de febrero de 2022, Vladimir Putin apareció en las pantallas de televisión de todo el mundo. Anunció la entrada de tropas rusas en Ucrania. En lo fundamental, su discurso no se refería a Ucrania o al derecho a la autodeterminación de la población del Donbass. Era un desafío a la OTAN. Putin explicó por qué no quería que Rusia fuera cogida por sorpresa, como en 1941, alargando en exceso la espera del inevitable ataque: «La continua expansión de las infraestructuras de la Alianza del Atlántico Norte y el equipamiento militar del territorio de Ucrania son inaceptables para nosotros». Se había cruzado una «línea roja»; no era cuestión de dejar que se desarrollase una «anti-Rusia» en Ucrania; era una acción, insistió, de autodefensa.

Este discurso, en el que afirmaba la validez histórica y, por así decirlo, jurídica de su decisión, revelaba, con cruel realismo, una relación técnica de fuerzas a su favor. Si había llegado el momento de que Rusia actuara, era porque la posesión de misiles hipersónicos le otorgaba una superioridad en el plano estratégico. El discurso de Putin, muy bien construido y muy sereno, aunque delatará cierta emoción, era perfectamente claro y, aunque no había motivos para ceder, merecía ser discutido. Sin embargo, lo que se impuso inmediatamente fue la visión de un Putin incomprensible y de unos rusos incomprensibles, sumisos o estúpidos. Lo que siguió fue una falta de debate que ha desacreditado a la democracia occidental: total en dos países, Francia y Reino Unido, relativa en Alemania y Estados Unidos.

Como la mayoría de las guerras, especialmente las mundiales, esta no ha salido según lo previsto; nos ha deparado muchas sorpresas. Voy a enumerar diez de las principales.

La primera fue la irrupción de la guerra en Europa, una guerra real entre dos Estados, un acontecimiento increíble en un continente que se creía instalado en la paz perpetua.

La segunda son los dos adversarios implicados en este conflicto: Estados Unidos y Rusia. Durante más de una década, el primero había identificado a China como su principal enemigo. En Washington, la hostilidad hacia China atravesaba todo el espectro político y era probablemente el único punto en el que republicanos y demócratas habían logrado ponerse de acuerdo en los últimos años. Ahora, a través de los ucranianos, asistimos a un enfrentamiento entre Estados Unidos y Rusia.

Tercera sorpresa: la resistencia militar de Ucrania. Todo el mundo esperaba que fuera rápidamente aplastada. Tras haberse formado una imagen infantil y exagerada de un Putin demoníaco, muchos occidentales se negaron a ver que Rusia sólo había enviado entre 100.000 y 120.000 soldados a Ucrania, un país de 603.700 km². A modo de comparación, en 1968, la URSS y sus satélites del Pacto de Varsovia habían enviado 500.000 soldados para invadir Checoslovaquia, un país de 127.900 km².

Pero los más sorprendidos fueron los propios rusos. En sus mentes, como en las de la mayoría de los occidentales informados y, de hecho, en la realidad, Ucrania era lo que técnicamente se conoce como un *failed state*, un Estado fallido. Desde su independencia en 1991, había perdido unos 11 millones de habitantes debido a la emigración y a la caída de la fecundidad. Estaba dominado por oligarcas; la corrupción alcanzaba niveles demenciales; el país y su gente parecían en venta. En vísperas de la guerra, Ucrania se había convertido en la tierra prometida de los vientres de alquiler baratos.

Cierto era que la OTAN había equipado a Ucrania con misiles antitanque Javelin y que, desde el comienzo de la guerra, había dispuesto de los sistemas de seguimiento y navegación estadounidenses, pero la feroz resistencia de un país en descomposición plantea un problema histórico. Lo que nadie podía prever era que encontraría en la guerra una razón para vivir, una justificación para su propia existencia.

La cuarta sorpresa fue la resistencia económica de Rusia. Nos habían dicho que las sanciones, en particular la exclusión

de los bancos rusos del sistema de intercambio interbancario Swift, pondrían al país de rodillas. Pero si algunas mentes curiosas de nuestro personal político y periodístico se hubieran tomado la molestia de leer el libro de David Teurtrie *Russie. Le retour de la puissance*, publicado unos meses antes de la guerra, nos habríamos ahorrado esta ridícula fe en nuestra omnipotencia financiera¹. Teurtrie demuestra que los rusos se habían adaptado a las sanciones de 2014 y que se habían preparado para ser autónomos en los ámbitos informático y bancario. En dicho libro, descubrimos una Rusia moderna y, muy alejada de la rígida autocracia neoestalinista que la prensa retrata día tras día, capaz de una gran flexibilidad técnica, económica y social; en resumen, un adversario al que hay que tomar en serio.

Quinta sorpresa: el desmoronamiento de toda voluntad europea. Al principio, Europa era la pareja franco-alemana, que, desde la crisis de 2007-2008, había adquirido ciertamente la apariencia de un matrimonio patriarcal, con Alemania en el papel de marido dominante que ya no escuchaba lo que su compañera le decía. Pero, incluso bajo esta hegemonía alemana, se pensaba que Europa conservaba cierta autonomía. A pesar de algunas reticencias iniciales al otro lado del Rin, incluidas las vacilaciones del canciller Scholz, la Unión Europea abandonó muy pronto cualquier atisbo de defender sus propios intereses; se desligó de su socio energético y (más en general) comercial ruso, castigándose cada vez más severamente. Alemania aceptó sin inmutarse el sabotaje de los gasoductos Nord Stream, que garantizaban en parte su abastecimiento energético, un acto terrorista dirigido contra ella tanto como contra Rusia, perpetrado por su «protector» estadounidense, asociado para la ocasión a Noruega, país que no pertenece a la Unión. Alemania incluso ignoró la excelente investigación de Seymour Hersh sobre este increíble acontecimiento, que ponía en tela de juicio al Estado que se presenta como garante indispensable del orden internacional. Pero también hemos visto a la Francia de Emmanuel Macron evaporarse en la escena internacional, mientras que Polonia se ha convertido

¹ David Teurtrie, *Russie. Le retour de la puissance*, París, Dunod, 2021.

en el principal agente de Washington en la Unión Europea, tomando el relevo de Reino Unido, que por obra y gracias del Brexit ha quedado fuera de la Unión. En el conjunto del continente, el eje París-Berlín ha sido sustituido por un eje Londres-Varsovia-Kiev dirigido desde Washington. Esta evanescencia de Europa como actor geopolítico autónomo resulta desconcertante cuando recordamos que, hace apenas veinte años, la oposición conjunta de Alemania y Francia a la guerra de Iraq dio lugar a conferencias de prensa conjuntas del canciller Schröder, el presidente Chirac y el presidente Putin.

La sexta sorpresa de la guerra fue la aparición de Reino Unido como zascandil antirruso y mosca cojonera de la OTAN. Gracias a la difusión de la prensa occidental, su Ministerio de Defensa (MoD) se mostró inmediatamente como uno de los más entusiasmados comentaristas del conflicto, hasta el punto de hacer que los neoconservadores estadounidenses parecieran tibios militaristas. Reino Unido quería ser el primero en enviar a Ucrania misiles de largo alcance y carros de combate.

De forma igualmente extraña, este belicismo también afectó a Escandinavia, que durante mucho tiempo había mostrado un temperamento pacífico y más proclive a la neutralidad que al combate. Así que nos encontramos con una séptima sorpresa, también protestante y unida al ardor británico, en el norte de Europa. Noruega y Dinamarca son importantes conectores militares de Estados Unidos, mientras que Finlandia y Suecia, al ingresar en la OTAN, muestran un nuevo interés por la guerra, que veremos preexistía a la invasión rusa de Ucrania.

La octava sorpresa es la más... sorprendente. Vino de Estados Unidos, la potencia militar dominante. Tras ir aumentando poco a poco, la preocupación se manifestó oficialmente en junio de 2023 en numerosos informes y artículos cuya fuente original era el Pentágono: la industria militar estadounidense era insuficiente; la superpotencia mundial era incapaz de garantizar el suministro de proyectiles –o de cualquier otra cosa– a su protegido ucraniano. Algo extraordinario si se tiene en cuenta que, en vísperas de la guerra, el producto interior bruto (PIB) combinado de Rusia y Bielorrusia representaba el 3,3% del PIB oc-

cidental (Estados Unidos, Canadá, Europa, Japón, Corea). Este 3,3% que es capaz de producir más armas que el mundo occidental, plantea un doble problema: en primer lugar, para el ejército ucraniano, que está perdiendo la guerra por falta de recursos materiales, y, segundo, para la ciencia reina de Occidente, la economía política, cuya naturaleza –nos atrevemos a decir– fraudulenta se ha revelado, así, al mundo. El concepto de producto interior bruto está obsoleto, y en adelante tendremos que reflexionar sobre la relación entre la economía política neoliberal y la realidad.

La novena sorpresa es la soledad ideológica de Occidente y su ignorancia de su propio aislamiento. Acostumbrados a establecer los valores que el mundo debe suscribir, los países occidentales esperaban sincera, estúpidamente, que todo el planeta compartiría su indignación ante Rusia. Se sintieron decepcionados. Una vez pasada la conmoción inicial de la guerra, empezó a aparecer en todas partes un apoyo cada vez menos discreto a Rusia. Cabía esperar que China, a la que los estadounidenses han identificado como el siguiente adversario de su lista, no apoyara a la OTAN. Hay que señalar, sin embargo, que los comentaristas de ambos lados del Atlántico, cegados por su narcisismo ideológico, se las han arreglado durante más de un año para considerar seriamente que China podría no apoyar a Rusia. La negativa de India a implicarse fue aún más decepcionante, sin duda porque India es la mayor democracia del mundo, y esto es un poco embarazoso para el bando de las «democracias liberales». Nos tranquilizamos pensando que se debía a que el material militar indio era en gran parte de origen soviético. En el caso de Irán, que rápidamente suministró drones a Rusia, los comentaristas de la actualidad inmediata no supieron apreciar la importancia de este acercamiento. Acostumbrados a meter a estos dos países en el mismo saco, el de las fuerzas del mal, los geopolíticos aficionados de los medios de comunicación y de otras partes habían olvidado lo lejos que estaba de ser evidente su alianza. Históricamente, Irán tenía dos enemigos: Gran Bretaña, sustituida por Estados Unidos tras la caída del Imperio británico, y... Rusia. Este giro debería haber sido una llamada de

atención sobre la magnitud de la convulsión geopolítica en curso. Turquía, por su parte, miembro de la OTAN, parece estar cada vez más implicada en una estrecha relación con la Rusia de Putin, una relación que ahora combina, en torno al mar Negro, un genuino entendimiento con la rivalidad. Visto desde Occidente, la única interpretación era que estos colegas dictadores compartían obviamente aspiraciones comunes. Pero desde que Erdogan fue reelegido democráticamente en mayo de 2023, esta línea se ha vuelto difícil de mantener. De hecho, tras año y medio de guerra, el conjunto del mundo musulmán parece considerar a Rusia más como un socio que como un adversario. Cada vez está más claro que Arabia Saudí y Rusia se consideran socios económicos y no adversarios ideológicos cuando se trata de gestionar la producción y los precios del petróleo. En términos más globales, día tras día, la dinámica económica de la guerra ha aumentado la hostilidad hacia Occidente en el mundo en desarrollo, porque está sufriendo las sanciones.

La décima y última sorpresa está en vías de materializarse. Es la derrota de Occidente. Tal afirmación puede resultar sorprendente cuando la guerra aún no ha terminado. Pero esta derrota es una certeza porque Occidente se está destruyendo a sí mismo más que por un ataque de Rusia.

Amplíemos nuestra perspectiva y escapemos por un momento de la emoción que legítimamente suscita la violencia de la guerra. Estamos en la era de una globalización completa, en los dos sentidos de la palabra: máxima y acabada. Intentemos adoptar una visión geopolítica: en realidad, Rusia no es el principal problema. Demasiado vasta para una población que disminuye, sería incapaz de tomar el control del planeta y no tiene ningún deseo de hacerlo; es una potencia normal cuya evolución no ofrece ningún misterio. Ninguna crisis rusa desestabiliza el equilibrio mundial. Es una crisis occidental, y más concretamente una crisis terminal estadounidense, la que pone en peligro el equilibrio del planeta. Sus ondas más periféricas se han topado con un rompeolas ruso, un Estado-nación clásico y conservador.